

# NUNCA MÁS VOLVIÓ

**Oscar Orduña Sancho**

**Mire** lo que son las cosas compadrito —le decía don Carlos Salgado a su compadre Raúl Gómez—, esto que ahora le platico sucedió hará unos 16 años, cuando usted se fue dónde están los dólares. Fue exactamente el 9 de mayo de 1975, lo recuerdo bien porque en esa fecha su ahijada Ofelia cumplió sus primeros 15 años...

—Pare su carro compadrito. ¿Qué es eso de que sus primeros 15 años?

—Pues si compadre, porque hace poco los volvió a cumplir. Ya sabe cómo son las mujeres.

—No pues sí, está bien, prosiga compadrito.

Pues le decía que cumplió años mi querida hija, y aunque por la reciente muerte de su comadre Alfonsina no hicimos un pachangón, si dimos una pequeña fiestecita con sus compañeros de la escuela y algunos parientes.

Al día siguiente, después de hacer por la vida, nos afanamos en limpiar la casa. Ya sabe, había un montón de platos de comida, de botellas de refrescos a medio tomar o desparramadas en el piso. Eso sin tomar en cuenta compadre, que los muchachos no apuntan bien y se orinan fuera de la taza.

Y cuando más atareados estábamos, unos toquidos en la puerta que da a la calle nos sacaron de nuestro trajín. Su ahijada salió para ver de quién se trataba y cuando regresó me dijo: es un señor y una señora, preguntan por el patrón, y como acá papito, tú eres el único patrón, pues a ti te toca atenderlo.

Y quiera que no compadre, salí para a hacerme cargo del que tan tempranamente acudía a mi casa —que también es suya compadre— aunque por la palabra patrón me dije “este no es de por acá”. Sigue limpiando hijita, ahorita los despacho, le dije a su ahijada.

Me encontré con una mujer que acunaba un pequeño bulto y con un hombre de rostro amarillento y melancólico, con

toda la pinta de campesino mal comido. Para qué soy bueno, les aventé un poco molesto —prepotencia, dice mi hermano el poeta. El hombre, al ver que me acercaba, se quitó el sombrero y empezó a decir muy despacio: “Señor, buenos días le dé Dios”. Yo lo interrumpí con aire de superioridad, diciéndole: “Dígame lo que desee pues estoy ocupado”, pero para esto ya tenía yo la mano dentro de la bolsa buscando una moneda.

—Perdone la molestia señor —dijo— el niño que carga la señora es nuestro hijo. Lo trajimos de nuestro pueblo para que lo operaran en el hospital y ya nos lo dieron, pero ahora no tenemos para el pago de regreso. Hemos perdido la vergüenza y andamos pidiendo para completar.

—De qué lo operaron, pregunté con sorna, pensando en caerles en una mentira.

Respondió: tenía el labio partido y el paladar hundido. Lo operaron del labio y del paladar. Lo harán de nuevo en cinco años. Muéstrales vieja, dijo en lengua mam, y la mujer descubrió una carita de niño en la que pude ver los puntos donde efectivamente se había practicado una intervención quirúrgica.

No sabe, compadre, cómo me sentí en el momento en que vi en la cara del niño la señal de la reciente operación. Me sentí como el más repugnante gusano, que digo, me sentí peor que el estiércol de vaca. Poco a poco retiré la mano de la bolsa del pantalón y le pregunté: ¿Y a dónde quieren ir? A Huixtla señor, respondió. Nunca me di cuenta en qué momento su ahijada se acercó al grupo compadrito, enterándose de lo que habíamos hablado. Me percaté de su presencia cuando dijo: papito, ¿ya te fijaste que el nene se parece a mi hermanito muerto?

Ay compadre, ya sabe usted que tengo fama de broncudo, pero esas palabras me hicieron un nudo en la garganta. Un nudo ciego que por poquito me hace llorar.

Luego con una vocecita llena de ternura su ahijada añadió: Los llevamos papito, yo sé donde está la terminal para Huixtla. Está más allá de la bajada del mercado Sebastián Escobar. Yo solo dije: vamos, luego venimos a limpiar la casa.



Y así, ellos tres, mi hija y yo, apretados en la carcacha, enfilamos rumbo a la terminal. Ya estando allí abrí mi boca chimuela y pregunté: ¿Y de aquí para dónde? Para Huixtla señor, luego a tomar otro carro que nos lleve para arriba. Para arriba dónde, pregunté, pero ahora con un tono más suave. A Motozintla respondió, luego a El Porvenir. Y ya no habló más.

Cuando mencionó Motozintla, llegaron en tropel los recuerdos, entre ellos, el de que sus habitantes primero conocieron las avionetas que los carros, ya que, al estar enclavada en un gran cañada de la Sierra Madre al pie del imponente cerro Malé, era muy difícil llegar y salir por tierra. No sé ahora, pero allá por los años 1950-1960 toda la producción de café, que no era poca, salía por aire. Motozintla. Tierra de ardillas. Malé, volcán de agua, dicen.

—¿Y en Motozintla hay carros para El Porvenir? — pregunté.

—No don, nos bajamos en el crucero, allí pasan carros de redilas que nos cobran barato, sólo que hay que esperar a que pasen y nos levanten —respondió.

—Pero cómo se van a quedar en la carretera a pleno sol, el nene se puede enfermar —dijo su ahijada, que desde que salimos de Tapachula cargaba al niño. Yo la vi y ella me vio y nos entendimos sin hablar. Si me das cinco pesos los llevo hasta el famoso crucero, dije con una alegría que

hacia tiempo no sentía. Mi aire de perdona vidas había desaparecido.

—¿No se está burlando de nosotros don?

—De ninguna manera, respondí. Es más, si aceptan, yo invito los refrescos, ya sea en El Rosario o en Buenos Aires.

Mariano, que tal era su nombre, habló con su mujer en mam. Luego llegó la respuesta: ta bueno.

Y emprendimos de nuevo la marcha y empezamos a “subir para arriba”. Mientras lo hacíamos nadie habló. Sólo se escuchaba el ronroneo del motor de cuatro cilindros, y luego uno que otro bocinazo de algún conductor que de esa forma me apuraba o pedía que cuando menos le diera el paso. Finalmente, llegué a un punto en el que Mariano me dijo: ésta es la encrucijada. Allí nos quedamos don. En efecto, pintado en forma rústica, sobre una tabla podía leerse: Motozintla, junto a una flecha señalando para la derecha. Más abajo se encontraban las palabras: El Porvenir, con su consabida flecha para la izquierda.

Cuando llegamos al crucero, Mariano dijo: acá nos bajamos doncito y le habló a su mujer, que se aprestó para bajar.

—Esperen, dije, yo no veo carro para que los lleve.



—Ya no han de tardar en pasar —dijo.

—Está bien, si aquí quieren bajarse, acá los dejo. ¿Y el camino a El Porvenir está bien?

—Sí señor, pasan muchos carros todo el día, mire, allá viene uno de Motozintla, y por acá el de El Porvenir. Acá están los diez pesos, que Dios se lo pague.

—Guarda tu dinero, sólo fue una broma —dije, mientras escuchaba otra vez la dulce vocecita de mi hija diciendo: papi yo quiero conocer El Porvenir. Y yo, sin pensarlo mucho le contesté: yo también. —Ya no se bajen, dije, iremos para allá, pues quiero conocerlo, sólo sé de él por referencias—. Así que me sentí capitán de barco y puse proa a El Porvenir.

Al principio todo fue miel sobre hojuelas, al principio, porque después no hubo ni hojuelas ni miel. La carretera mostraba unos cráteres tan abundantes que por esquivar uno caía en el otro. Primero me enfurecí con mi pasajero, pero luego me di cuenta de que él dijo su verdad al decir que el camino estaba bien. El tonto fui yo, pues él se refería al camino para los carros de redilas, no para los automóviles.

Esto no era carretera sino camino de carretas. En esta zona, en la que llueve profusa y constantemente, la carretera no estaba hecha con buenos materiales. Su pésima

construcción sólo fue aplaudida por los invitados del señor gobernador, quien una vez dijo: “Ésta es la mejor obra camionera de mi gobierno”. Lo que no dijo fue que estaba calculada para que durara los tres años que faltaban para que dejara el puesto.

Y así, con aquel bamboleo inesperado, avancé hasta llegar a un pintoresco pueblo escondido de aquella abrupta montaña, situada en el mero corazón de la Sierra Madre al que la carretera partió en dos, al pueblo no a la Sierra.

El reloj del carro me decía que eran las 12 hrs, es decir, que teníamos tres horas de haber partido de Tapachula. Una espesa niebla nos dio la bienvenida, lo que para nosotros constituía algo asombroso. Los pocos transeúntes que se aventuraban a salir a la calle los veíamos como figuras fantasmales. Para mi hija y para mí aquél pueblo era otro mundo.

La familia formada por Mariano, su mujer y su pequeño hijo se quedaron bajo un cobertizo para resguardarse de la humedad del ambiente que anunciaba una próxima lluvia. Enfrente se encontraba una plazoleta donde los domingos Mariano vendía los productos que cultivaba en la empinada parcela.

Antes de despedirnos, Mariano me contó que de ahí caminarían dos horas hasta llegar a otro pueblo llamado La Grandeza y de allí subirían por caminos de hormiga por la

falda del volcán El Malé por casi una hora, hasta donde tenían su ranchito. ¿Ya le aburrí compadre? Porque si es así aquí le paro.

—Para nada compadre, está muy interesante su relato.

Pues le decía que de esto que le estoy contando ya pasaron como 15 años y su ahijadita ya cumplió 30, si es que vive, pues hará como cuatro años que abandonó el hogar para, según ella, conocer nuevo mundo.

—Ni modo compadrito, es la vida la que habla, y si...

Pérese compadre, el asunto no terminó allí. Yo siempre admiré de ella su carácter recio, su entereza. Sin embargo, su partida (a pesar de que fue con mi consentimiento) me dejó triste, y a eso añádale el dolor que desde hace tiempo cargo por la muerte de mi hijito y de su comadre Alfonsina. Que Dios los tenga en su gloria.

—Amén compadre.

Como usted bien lo sabe compadrito, con el paso del tiempo nos venimos pareciendo a los caballos viejos cuando ven una potrancia: sólo nos queda el relincho y el pedo. Los recuerdos también se llenan de telarañas. De su ahijada tengo muchas fotos, pero ésta es mi preferida porque me recuerda cuando cumplió sus 15 años, y a la familia de Mariano, que parece un bonito sueño. Siempre había pensado que él ya se había olvidado, pero yo nunca lo hice. A todos los tengo en el cajón de los recuerdos de las sombras perdidas, como quien dice, en el olvido que no quiere uno olvidar.

Pero va usted a ver compadrito, que una media mañana me encontraba como las vacas, rumiando el pasado acompañado de mi infaltable cafecito, cuando en la puerta que da a la calle sonaron unos golpecitos, dados como no queriendo molestar. Pensé que era su ahijada que regresaba, me asomé y lo que vi fue a un joven de recia musculatura y piel quemada por el sol. En la mano izquierda sostenía un sombrero nuevo de palma, y a sus pies un costal de yute bien gordo por su contenido. Como ya está uno ciscado por tantos pedilones, me dije: a éste ahorita lo despacho.

Antes de que hablara le solté un no gracias, no quiero nada, otro día y me di la vuelta. De reojo vi que el joven no se movió, por lo que pensé que a lo mejor tenía sed y me regresé para ofrecerle agua, pero entonces fue él quien no me dejó hablar. Ay compadre, lo que me dijo, como dicen ahora los muchachos, me sacó de onda.

—¿Pues qué le dijo compadre? Sígame que el asunto se pone interesante.

Pues cuando llegué a su lado y quedamos así de cerca me soltó, así de sopetón: —¿Es usted Carlos Salgado?— Yo me le quedé viendo fijamente y le respondí: sí joven, soy ese que usted dice, ¿de dónde me conoce?

—No señor, yo no lo conozco más que de oídas. Mi papá y mi mamá platican mucho de usted y lo recuerdan con mucho cariño.

—¿Y quién es su papá si puedo saberlo?

—Mi papá es Mariano Tuxum, usted lo llevé de regreso al pueblo, junto con mi mamá y conmigo (que estaba recién operado del labio). Desde entonces mi papá y mi mamá quedaron muy agradecidos y siempre lo tienen presente en sus oraciones. Yo llevo el nombre de usted: soy Carlos Tuxum. Y continuó diciendo: —Aprovechando que la escuela participa en una justa deportiva y yo soy el capitán del equipo, mi papá quiso mandarle estas granadillas, manzanitas y unos elotes bien tiernos, y para su hija esta mata de nacidizo para que nos recuerde cuando floree en el mes de abril.

—¿Y cómo diste con la casa? Yo nunca le dije a tu papá mi domicilio.

—Usted no, pero su hija anotó en una hoja de su cuaderno su nombre y dirección, y sacó de la bolsa de su camisa una bolsita de plástico transparente, donde podía verse una hoja de papel con letra de mi hija, o sea su ahijada compadrito. Por toda esa emoción del momento cometí el error de tenerlo parado sin invitarlo a pasar, y cuando lo hice, contestó que sería en otra oportunidad, ya que lo esperaban los amigos del equipo con los que había venido a no sé qué competencia escolar.

—Entonces déjame llevarte con ellos —le dije.

—No gracias, están cerca, otra vez será, me dio mucho gusto conocerlo, dijo. Extendió su fuerte mano y se marchó con una sonrisa en los labios.

Sólo le vi su ancha espalda. Nunca más lo vi. Nunca más volvió.

Se fue como un suspiro, igual que su ahijada compadrito. Se fueron definitivamente y ya sólo me quedó el recuerdo.

Así son las cosas. ☹️

---

**Oscar Julio Orduña Sancho** (Tapachula, Chiapas, 1930). Escritor mexicano. A partir de 1963 y durante 30 años, escribió diariamente la sección “Mis cartas a Carlitos”, en el periódico *El Orbe*. En dicha sección abordó temas culturales, literarios e históricos de la región.